

**ACOTAR LOS ESPACIOS.
LOS MÁRGENES DE LAS PERIFERIAS
(con anotaciones sobre las Barcelonas de los barrios)***

Pere López Sánchez

... y también le pertenecería por derecho
aquella luz de los días nublados en el extrarradio de Barcelona
(un extrarradio es una radio con más noticias)
J. Pérez Andújar y J. Guerrero (*Milagro en Barcelona*)

Desde hace muchos años, quizás a modo de contrapunto, Horacio Capel insiste en no descuidar “los espacios internos de la ciudad” en cualquier análisis de los procesos de urbanización (capitalista). Entonces, allá por los años 70, aludía a la gestión de las contradicciones, a “las deseconomías surgidas como resultado de la lógica del desarrollo capitalista y de la acción de los diversos *agentes*” (y las cursivas son nuestras); y también sopesaba los “costes sociales” del crecimiento urbano. Eso leíamos en las páginas de su célebre libro *Capitalismo y morfología urbana en España*¹ y eso escuchábamos en sus clases sus estudiantes de geografía. Un acicate a la crítica, a la geocrítica, para además de intentar explicar factores del crecimiento atreverse a comprender los costes de la maquinaria urbana.

A principios de los 90, en el capítulo introductorio que escribió como coordinador de *Los Espacios acotados. Geografía y dominación social*², resaltaba que “el espacio se concibe ahora como un producto social, como expresión y reflejo de la estructura social, como elemento de producción y consumo y como objeto de apropiación por los diferentes grupos sociales”. Es más, concluía, “aparece así como el lugar del conflicto y de las contradicciones sociales”, y alentaba a que “es indispensable saltar resueltamente las barreras disciplinares” si el propósito es abordar “cuestiones referentes al poder, el espacio y el control social”. Entre sus muchas contribuciones a *La Veu del Carrer*, revista de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona, en el número 100 (de enero-febrero de 2007) reclamaba Capel que “hemos de poner en marcha una nueva forma de construir la ciudad. Barcelona no es un modelo en ese sentido. Pero la tradición de luchas populares y debates ciudadanos permite señalar algunas vías de futuro”. Y es que, subraya, “hablar del modelo Barcelona [...] es, sin duda, una hipermagnificación del centro y simultáneamente una desvalorización de la periferia”³.

Podemos entender, entonces, que adentrarse en la lectura de los espacios internos de la ciudad aboca, si se pretende otra ciudad, abordar la relacionalidad entre centro y periferias, procurando escapar a la negación de la periferia. Y huir, al mismo tiempo, de su revés: encumbrar el centro. Es un modo de acotar los espacios, en el que se anteponen las Barcelonas de los barrios (en plural), que testimonian la presencia viva de las periferias, al

esplendor de esa Barcelona, marca registrada, (en singular) que arremete desde el centro configurando sus espacios acotados por las desigualdades sociales.

Periferias, exclusión y gobernabilidad de la metrópoli

Las ciudades sostenidas por la estrategia de la competitividad provocan la cronificación de la crisis social en la metrópoli, pues la pinza de la eficacia y de la eficiencia de la que penden al igual que inyecta riqueza eyecta pobreza. La estrategia de la competitividad de los espacios urbanos, o su redefinición como actores económicos concurrenciales en la globalización, parece estar reñida con la persecución de la equidad social entre quienes comparten los territorios. El dinamismo de las metrópolis arrastra fracturas sociales, dinamiza procesos de vulnerabilidad y desafiliación social. Despliega en su seno, y más cuando acentúa "la destrucción creativa", arreglos (o desajustes) espaciales que agudizan el desarrollo geográfico desigual. Y es que la crisis es ahora, subraya D. Harvey, más que nunca una crisis urbana⁴.

¿La periferia está excluida o la exclusión está en la periferia? ¿O ambas cosas a la vez? La exclusión está en la periferia, ya que "el concepto exclusión social se aplica para designar los procesos, situaciones y mecanismos en función de los cuales una parte de la población, personas, grupos o territorios quedan al margen de la participación en la vida social y económica"⁵. La periferia está excluida porque en la metrópoli "el concepto de periferia pierde su connotación puramente territorial para asumir un carácter que define la permeabilidad a la innovación, la capacidad de asumir y hacer propios los procesos de reestructuración en marcha"⁶. Sea como sea, en los escenarios urbanos hay exclusión si por ella entendemos la dinamización de unos procesos sociales que insertados en la permanentización de la crisis social en la ciudad desatan una acentuada marginación de masas como resultado de la expansión regresiva del mercado, bien asistida por las redes del Estado que declinan su asistencialismo y dejan bajo mínimos las otroras prestaciones del Estado del bienestar.

Cuando las crisis urbanas tienden a hacerse permanentes, asoma una ciudad dual acosada por la fragilidad de lo social que corre, paradójicamente, el riesgo de la alarma de la ingobernabilidad. Y ha sido en ese contorno, donde se cruzan lo social y lo político, que se ha desplegado un lenguaje sobre la exclusión social que se evoca e instrumentaliza como detector de las brechas sociales que se agudizan en la ciudad dual, el cual se presta, en última instancia, a proponer, sobre el papel, una batería de medidas contra la desigualdad social que ataje o frene la presumible desestabilización de los sistemas urbanos.

La exclusión social prolifera al lado de la ciudad del privilegio. Estaría en las periferias que no son centro. Y es así, a fin de garantizar y mantener saludable el desarrollo urbano y estable el orden social en la metrópoli, que la viabilidad de la metrópoli depende de su gobernabilidad, y "la construcción de una metrópoli viable depende de su capacidad de gestionar los déficits, los desequilibrios y las desigualdades que contiene, disminuyéndolos cuando sea posible y regulándolos cuando no lo sea"⁷. Y es que, "la meta última de los experimentos neoliberales de políticas urbanas es movilizar espacios de la ciudad para el crecimiento económico orientado al mercado, como para las prácticas de consumo de las elites, asegurando al mismo tiempo el orden y control de las poblaciones 'excluidas'⁸.

La perfección frágil del orden urbano presagia, sin embargo, otro tipo de crisis. Que se podría dar en caso que el malestar social derive hacia el malestar de lo social, que las periferias más que como partes excluidas, pero internas, a la metrópoli, se presenten y expongan como la otra ciudad, como contraparte y a/parte. Es por eso que la exclusión social pasa a ser manejada como caja negra que ha de evitar que la ingobernabilidad derive en antagonismo. La propia plasticidad de su conceptualización, que advierte que la precariedad no es todavía exclusión pero puede serlo, la erige en dispositivo de administración del miedo ya que convierte su futuribilidad en amedrentador presente que vehicula el consenso al mismo tiempo que desfonda el disenso.

El centro, entonces, ha de adentrarse en las periferias, recorrerlas, para intentar proceder a una absorción de la exclusión como producto deficitario de la ciudad-empresa que ha de rendir, sin embargo, un superávit. Se ejercita, arropado en los análisis DAFO, en la discreta enumeración de los denominados efectos perversos a través de la estadística, y da cuenta de unos inevitables desajustes que sólo ponen de relieve la competencia por los espacios urbanos y sus usos en la que ha incurrido la metrópoli-empresa. Pretende contar –mediante cuentas, con números– la exclusión social, y situarla –ponerla en el mapa, cartografiarla– en los márgenes de las periferias, para que una vez identificada como problemática crítica pueda ser diagnosticada en toda su amplitud para acomodarla a la elaboración e implantación de unos pocos objetivos pero estratégicos, acoplados a la máxima de que no se puede enturbiar "el buen clima de negocios" que distingue a las metrópolis emprendedoras, ni tampoco desbaratar la contención del gasto público en prestaciones sociales que exige el capitalismo asistido.

A la par, proliferaran las palabras, unos discursos sobre la exclusión que redundan en su categorización como déficit; la superposición de "nociones" talismán como des-ajustes, des-equilibrios, des-integración, dis-funcionalidades, etc. O también sus antidotos que actualizan el código higienista insuflando a destajo el re-guión, como con re-habilitar, re-

generar, re-construir, etc⁹. Con esas herramientas del lenguaje experto se persigue lograr la refundición de las periferias como des-orden con tal de convertirlas en un preciado activo del orden. El orden urbano como distopía que se despliega como simple ausencia del desorden, aborda la exclusión como posición límite que se ajusta al ejercicio de una gestión de los riesgos que para su eficacia requiere precisamente su no erradicación. Más que la eliminación de la exclusión se persigue su contención, su regulación, porque ello permitirá su instrumentalización como dispositivo privilegiado de la crisis como política de la relación en la metrópoli.

La exclusión puede y debe ser la válvula de ingobernabilidad, esa especie de guerra de todos contra todos por la supervivencia inscrita en el mapa de la sospecha (de lo excluido y del excluido) y de la protección (de lo incluido y del incluido) que diseñan las ideologías de la seguridad. Que el riesgo nulo sea inaccesible, o que la exclusión no pueda erradicarse, sirve para mostrar que la metrópoli no está a salvo de la imprevisibilidad, de lo residual ingobernable. Esa vulnerabilidad de los sistemas urbanos, donde el accidente deviene virtualidad presente, se canalizará para recrear una cultura de los riesgos, que, además de utilizarse para la renovación incesante de las políticas de seguridad, será instrumentalizada para la conversión de las poblaciones amenazadas en partenaires obligados en la defensa social contra el peligro latente¹⁰.

Movilizada la defensa social, ésta deviene pieza clave para el ensamblaje de la comunidad purificada que labra la ingeniería del consenso, ya que "que la constitución de un consenso de mayoría *defensivo* se establece en la relación circular de definición recíproca entre el espacio de la seguridad –que es esencialmente áquel de la normalidad– y el el espacio de lo securitario –que es esencialmente áquel de la anormalidad y, por consecuencia, de la exclusión"¹¹. Asimismo, se expandirá como herramienta de una colonización endógena que ha de lograr la corresponsabilización de los incluidos en el sostén del orden urbano, tanto en su posicionamiento activo como milicianos del orden urbano contra la turba peligrosa, como en su reverso pasivizado de reos del propio orden que se disponen a defender. Se erigirá, igualmente, en vector de una solidaridad narcotizante, pues la culpabilización transferida de la exclusión en los incluidos, además de favorecer la legitimación de las políticas de austeridad que desmantelan el estado asistencial, dispone que el cada uno de nosotros se vincule voluntariamente en las tareas destinadas a remediar la acentuación de las desigualdades sociales, con lo que se abarata además el gasto público en políticas sociales. A su estela se promueve "una elaboración pluralista de las políticas sociales" con la intención de pasar de una concepción de los ciudadanos como usuarios de servicios a concebirllos como generadores de dichos servicios. La cooperación en esta corresponsabilización del sector asociativo no lucrativo –entidades, asociaciones y colectivos, y especialmente ONG'S y voluntariado– se considera

primordial siempre que sean capaces de introducir en su implicación cívica los aspectos gerenciales y de rentabilidad económica propios de la empresa¹².

“Centrifugar” las periferias para aplanar contradicciones y erradicar el antagonismo

Junto a la versión predominante de la exclusión social como déficit se abren paso, sin embargo, otros discursos inquietos por la elaboración de una idea positiva de la periferia. En ellos, y ante la urgencia de afrontar el desmedido catastrofismo que difunde lo mediático, se alienta un combate contra aquellas lecturas negativas de las periferias que las revisten unívocamente de degradación respecto a la ciudad central. La máxima reside en que las periferias más que enclaves acumuladores de déficits han de tornarse en territorios activos para la proyección de la metrópoli.

Esa “positivización” de las periferias es complementaria de las líneas estratégicas del urbanismo intensivo de la metrópoli-empresa que brega por la subsunción de los vacíos con la intención de reincorporarlos a la centralidad como oferta signficada por su revalorización como espacio mercancía¹³. En ella se inscriben una pluralidad de sugerencias que llegan incluso a abogar por cierta reconducción “autogestionaria” de la exclusión, pues “muchas áreas vulnerables de las ciudades españolas no se deterioran y marginan debido a que perviven en ellas lazos de integración social, solidaridad local y economía informal”¹⁴. Desde esos discursos, y ante el imparable proceso de desmantelamiento del estado asistencial, se asume la relegación de los márgenes como un hecho incuestionable. En consecuencia, conviene desprenderse de la costosa catalogación de la periferia como déficit mientras se procura ensalzar, por contra, la positividad de la periferia. Tras las interesadas alabanzas o constataciones de la autosuficiencia de las periferias despunta el objetivo de proceder a la gestión de su precarización con menores costes políticos, económicos y sociales. Llegado el caso hasta se puede sugerir, en palabras de O. Bohigas y J. Borja, que es interesante que la ciudad mantenga “zonas rojas”, es decir lugares que permitan el refugio de la gente alegal¹⁵.

Es entonces que las miradas del centro a las periferias, recubiertas ahora por la precariedad y la exclusión, abundan, ya como discurso teórico o dispositivo técnico, en la lubricación de la gobernabilidad de lo urbano aplanando contradicciones, diseccionando reivindicaciones y comprimiendo aspiraciones. La inclusión de la exclusión responde a la necesaria consolidación de una cierta cohesión social que frene o bloquee el peligro de aperturas de brechas que socaven el orden urbano a partir de la defeción a una metrópoli que clausura el querer vivir en un negociado de empleos de la vida a saturarse como sea

frente a los escaparates de la ciudad hipermercado¹⁶.

El anatema de la exclusión propaga la bonanza que la cohabitación también ha de ser posible desde la dualidad. El propósito de alcanzar la comunión entre la ciudad del privilegio y la ciudad del ghetto, sin deslegitimar la estrategia de la competitividad, que redefine los espacios urbanos como actores económicos regidos por el cálculo económico de la eficacia y la eficiencia que determina la lógica del mercado, se instala en la paradoja que pretende que la propia dinámica que provoca la exclusión se proponga como su único remedio. La competitividad, o las excelencias de lo económico, se han convertido en el infranqueable posible que asegura el desarrollo urbano en términos de progreso, económico, social y de calidad de vida¹⁷.

El reto de las políticas de la ciudad que amparan la centralidad de la exclusión se resume en que la unilaterización del progreso en la metrópoli sea compatible con la unificación de lo social en torno a la divisa de una ciudadanía universal. La gobernabilidad de lo urbano rebasa lo económico: las periferias son, como dijera tiempo atrás Jordi Borja, las que más necesitan un gobierno de la ciudad real, socializar la condición de ciudadanía no es simplemente urbanizar materialmente las periferias, es, sobre todo, crear las condiciones culturales para que la población menos integrada socialmente viva la ciudadanía y utilice realmente la ciudad¹⁸. De hecho, y como apuntara M. Castells, para evitar el socavamiento del consenso en los núcleos metropolitanos es primordial, y no solamente por elementales consideraciones de equidad social, "contribuir por todos los medios a reforzar el tejido social de las grandes ciudades, favoreciendo el desarrollo de las asociaciones ciudadanas de todo tipo y la proliferación de sus actividades, aunque deslindando cuidadosamente la participación ciudadana y la información de los ciudadanos del ejercicio efectivo del poder"¹⁹.

Estos planteamientos que dicen encarar la exclusión se perfilan, en su reverso, como clara política de la evitación de las contradicciones sociales que padece la metrópoli. Sus denodadas contribuciones a la construcción de una imagen de una ciudad pacificada, inciden en que la preservación y protección de la armonía social sólo es viable a partir de la fabricación de una figura del ciudadano que se exponga como cuadro simbólico donde inscribir la re-colectivización de lo social, toda vez que éste se ha fragmentado y desgarrado a causa de la acentuación de las diferencias sociales. No obstante, esa priorización de la cohesión social en base a la ficción de una comunidad ideal igualitaria asentada en un orden desigual, resta credibilidad a los lenguajes sobre la exclusión que esquivan el análisis del fenómeno de la marginalización de masas que acosa a la metrópoli.

La aspiración a la cohesión social, en tanto que sinónimo de integración social,

conlleva su contemplación como bálsamo paliativo de los efectos perversos que el modelo de desarrollo urbano imperativo suscita. La política social compensatoria que se imprime en la ciudad dual se dirige, prioritariamente, a apedazar y remediar situaciones nocivas mediante la entrada de un cuerpo de profesionales especializados que abordan toda intervención en lo social desde el prisma de las patologías. La heterogeneidad de la actividad tutelar y de ayuda destinada al conjunto de excluidos, o a la colección de grupos desfavorecidos o desvalidos, se esfuerza, desde la minimalización de los recursos disponibles, en una solución expeditiva y siempre imperfecta de ciertas lacras sociales ahora dignificadas con el nombre de problemas. Y ello respondería, como nos recuerda D. Harvey, "a la existencia de una toda batería de soluciones aparentemente "progresistas" que no solo desplazan el problema sino que de hecho lo refuerzan"²⁰.

Aparece, asimismo, como noción filtro porque, entre otras razones, la exclusión no puede ser desconexión en la medida que no hay un afuera a la metrópoli hipermercado, "nadie puede estar excluido del mercado porque el mercado es una forma o una 'formación social' que no comporta exterior: los márgenes están siempre en su interior"²¹.

La configuración discursiva hegemónica que define el campo de la exclusión debe igualmente considerarse improcedente cuando se atisba su implicación ya no en la laminación de las contradicciones sino en la neutralización o secuestro del antagonismo. Apunta a una minimización o erradicación de las politicidades antagónicas cuando la modulación del principio individualizante que la exclusión inyecta se proyecta como prevención contra la posibilidad que los excluidos se constituyan en agregado social activado contra su situación y en una perspectiva de confrontación. La exclusión, en tanto que categoría de la aritmética política del poder, es productora de una masa o colección de individualidades conjuntada únicamente por unos indicadores que en su abstracción vara la conexión o configuración colectiva de las subjetividades excluidas. La exclusión definida indefinidamente por los sistemas expertos aparece entonces como mecanismo de roturación social al propiciar unas prácticas escindientes o divisorias entre quienes "están" en la exclusión o ante la exclusión.

Las representaciones de la exclusión, remarcando precisamente el elevado grado de inestabilidad que ésta comporta para el orden urbano, inquietan en su rentabilización política al considerarla la irregularidad que ha de permitir asegurar, previa reconducción, una estabilidad más dinámica en la metrópoli. Parece, en definitiva, que las hablas sobre la exclusión, una vez que han introducido retoques en el lenguaje sobre lo social y variaciones en los indicadores para tomar las medidas sobre sus oscilaciones, han conseguido reducir una problemática social en tema estelar del gobierno de lo social. La exclusión, como operador de disciplinarización y control, se exhibe así como guerra contra

lo social.

Las maneras de decir la metrópoli han sido salpicadas por la hegemonía de la exclusión como nueva cuestión social. Un entramado de palabras, puntuado por la variedad, se ha puesto en circulación para acotar eso que en los escenarios urbanos no puede ni quiere ser representado. La exclusión casi sólo puede designarse como imagen, o multiplicidad de imágenes, nocivas. El reconocimiento de su labilidad, subrayando precisamente la potencialidad y la debilidad de los discursos y prácticas prestos a apresarla, formula de manera explícita que hay acentuar todavía más el rastreo de lo social para abortar todas las posibles expresiones de la irrupción del peligro²².

Hay que hablar de la exclusión para hacer hablar o cuando menos auscultar lo social que ha optado por la defección, por escapar de las redes de la regulación política. Esas fisuras anunciando la pérdida de adherencia de las instituciones en lo social, avisan que las periferias además de amontonar el malestar social son contenedores del malestar de lo social ya que en ellas anidan en la confusión tanto la ingobernabilidad urbana difusa como ciertas muestras de antagonismo. Hay que nombrar la exclusión, en fin, para atajar el silencio-ruido de las periferias que incordia a la metrópoli. El contexto de los textos de la exclusión muestra que la "nueva cuestión social" se afronta como actualización del orden urbano ante el desafío que supone la ausencia o deserción de lo social de los espacios de la política, de la ciudad como espacio privilegiado de la política de la relación. La metrópoli atravesada por la crisis de legitimidad del orden urbano ha de minimizar las fugas, ha de evitar que el malestar de lo social adquiera relevancia y resonancia.

Si las políticas contra la exclusión son entonces difícilmente discernibles de una política contra los excluidos quizás proceda proponer una reformulación de las miradas a las periferias. En esa travesía se habrá de emprender una excursión alrededor de las lecturas y las políticas que el centro ha dispensado a la alteridad en los espacios urbanos, deteniéndose en una interpretación de la propia noción de exclusión social que abarque desde su genealogía hasta su conversión en estatuto de la política de la relación sobre la ciudad dual.

Las periferias contra la exclusión

Deberíamos apuntar, de entrada, que hemos venido empleando centro/periferia(s) como nociones metafóricas que vienen a representar los dos polos entre los que oscilan los sistemas. Así por centro se entiende el principio de orden, de unidad, de coherencia, que está en el corazón de todo sistema; y por periferia se entiende los elementos

desordenados que gravitan en la frontera del sistema y escapan a su empresa²³. Esa relacionalidad centro/periferias, plantea que periferias son todo aquello que está fuera del centro, son los no-centro pero que mantienen una vecindad. Pueden entonces nombrarse (silenciarse) como residuo, como los no-lugares; aunque también, si se prefiere, las periferias son la constatación de la proliferación en la metrópoli de los márgenes, puestos o que se ponen a/parte, bien como lugares heterotópicos o espacios cualesquiera²⁴.

Ahora bien, la exclusión, y especialmente los diagnósticos y terapias que sobre ella se ciernen, se ensarta en una lógica de posiciones –cuántos, quiénes, dónde son y están los excluidos– que como metodología descifradora sirve básicamente para levantar una cartografía y rellenar una agenda más o menos acertada de tal o cual política abordada desde el primado de la cifra. Sabemos, como diría Jesús Ibáñez, que toda investigación es una operación de caza, del acoso; que tomar medidas a lo social es, en el fondo, tomar medidas sobre lo social. Tomarle medidas a la exclusión significa tanto informarse de ella, como también darle forma²⁵. Y es que las prácticas técnicas movilizadas alrededor de la exclusión persiguen en sus explicaciones y descripciones la identificación de un peligro social generalizado y no identificable con el objetivo de hacerlo visible y controlable. Sólo es posible controlar y gestionar la exclusión cuando se la ha reconocido.

Es por eso que se pretende emprender otro itinerario alrededor de la exclusión, proponiendo una mirada de las periferias desde la periferia, que se sustraiga a esa lógica de posiciones. Considerando, como indica E. Soja, que “contextualizar la (in)justicia social requiere esencialmente localizarla en las condiciones específicas de la vida urbana y en las luchas colectivas para alcanzar un acceso más equitativo de todos los residentes a los recursos sociales y a las ventajas que proporciona la ciudad”²⁶. Esa intención de problematizar la periferia como problema social requiere, sin embargo, desprenderse de las miradas que el centro o desde y por el centro se deparan a las periferias.

Las periferias, y a pesar de su estigmatización como territorios de la exclusión, son algo más que déficit, residuo de la metrópoli, son también excedente: aquello que desborda las maneras de estar y vivir en la metrópoli. En el desplazamiento es pertinente no descuidar su carga de déficit siempre que se considere como la palanca que dispara su proliferación como excedente. No se puede obviar (ni silenciar, tergiversar) el aullido de las periferias, sus muestras de repetidas revueltas que se confrontan y desafían la política de la separación que las acosa y que se ceban en los símbolos del tener, el saber y el poder²⁷. En esa orientación, el pasaje de una lectura de la periferia como déficit a la periferia como excedente debe alejarse de las tentaciones de las derivas populistas que ensalzan el miserabilismo²⁸; en todo caso, como pasaje que subraya la improcedencia de evitar (y a la postre legitimar) los procesos de precarización y marginalización masiva

que acarrea el auge de la ciudad dual.

Pero como pasaje tampoco se detiene ahí, ya que la perspectiva adoptada se dispone a forzar los efectos heterónomos de la crisis urbana, en la medida que se presume que la proliferación de márgenes de distinta índole en la metrópoli es el contenedor de iniciativas e innovaciones que apuntan a una reformulación del querer vivir los espacios.

Entonces, ya no bastará el afán de adentrarse en la descripción de quién es excluido, de qué son excluidos los excluidos y hasta en el por qué o por quién son excluidos los excluidos. Quizás tampoco será suficiente abordar cuestiones tales ¿cómo viven las periferias su condición de perifericidad?, ¿las periferias asumen la exclusión como la otra cara de las excelencias de la competitividad?, o ¿más que acomodarse a ella contraponen mecanismos de compensación para que la precariedad no se deslice hacia la exclusión? La búsqueda de respuestas a dichas preguntas, aunque seguramente necesaria, todavía está demasiado pendiente de las secuelas de un pensamiento crítico atrapado en las virtudes del desvelamiento de lo oculto. La concepción de la crítica como simple denuncia o como contra-información, además de debilitada por su concurrencia desigual en la sociedad del espectáculo, corre el riesgo de prestarse a ser mera reducción de la complejidad.

La incursión a las periferias desde las periferias no sólo ha de intentar recoger esos interrogantes sino que ha de forzar su multiplicidad, haciendo irrumpir lo imprevisible, lo incompatible con el orden urbano: ¿en las periferias se expande un querer vivir los territorios contra la excelencias de la metrópoli?, las periferias, acaso, ¿no se rebelan contra la condición de perifericidad a que están sometidas? En suma: ¿es posible la cohabitación desde la dualidad?, ¿es compatible la geografía de la exclusión con la geometría de la hostilidad? Dichas cuestiones, ya planteadas desde una óptica que se inclina por un dualizar la ciudad dual que asume la unilateralidad, sitúa la exclusión en el terreno de la política de la relación en crisis.

La política de la relación en crisis se expresa cuando las periferias rompen la condición de perifericidad precisamente al excluir la exclusión. Negarse a ser periferia, rechazar la condición de dependencia y sumisión a los centros, representa romper las trayectorias cenestésicas propias de la metrópoli. Cuando las periferias se sustraen o distancian del centro, anuncian que ningún punto de la metrópoli acepta ser ya periferia de ningún otro. La ruptura significa que esos contrapuntos territoriales ya no están ni en los márgenes de la segregación, ni en los lados de la exclusión, sino que han optado por ponerse a/parte. A través de sus prácticas críticas apuntan pues a un proceso de negación y disolución de la perifericidad²⁹.

Las periferias no es que carezcan únicamente de mediación, pues la metrópoli como conjunto dispersivo abierto ha conformado un agregado de zonas adyacentes (sean centros o periferias), donde la vecindad es una relación sin soporte, sin nexo coagulador, sino que han abierto una distancia interior que interfiere y cortocircuita la cohabitación de los fragmentos urbanos generados por la descomposición metropolitana.

Periferias rebeldes: las Barcelonas de los barrios

Los lenguajes que merodean alrededor de la exclusión social aparecen y se despliegan, en suma, como chantaje a lo social. Y si no se pretende hablar de lo social para hablar por o contra lo social parece oportuno ensayar itinerarios que puedan dirigirse a borrar la exclusión, a excluir la exclusión. También habría que proceder a una incursión en torno a los lugares heterotópicos – digamos las periferias – donde las culturas prácticas ensayan otras maneras de habitar los escenarios urbanos.

Las periferias son indecibles por la metrópoli, ya que se han sumido en las ambivalencias de un silencio que habla y que no descarta el chillido de la revuelta³⁰. Han puesto en marcha una especie de política paralela donde se experimentan otras maneras de vivir dentro de la crisis de la ciudad como lugar de agregación de lo social. Sacudidas por avanzados procesos de desarticulación y destrucción de la cultura del habitar que la habían constituido, asisten a la emergencia de nuevas estructuras sociales y productivas que ensanchan las condiciones de lo posible en la métrópolis.

Ese querer vivir que ensayan resquebraja la condición de perifericidad, se desmarca del centro, pues su desafección a la metrópoli recubre al centro mediante la extensión de una indiferencia que anula su heterorreferencialidad. Las periferias, en cambio, marcan y recrean sus territorios, prolongando la impugnación de la hegemonía del centro, al estallar en una proliferación de ejercicios dirigidos a arrebatar espacios de vida en una metrópoli sobredeterminada por la hiperfuncionalidad. En las periferias, para dar cauce a ese resistirse a la metrópoli que se expresa en un querer vivir sin mutilaciones, se conforman múltiples estratagemas para romper la cotidianidad y que se basan en una lógica de apropiación de las oportunidades ofrecidas por la metrópoli (aún bajo la forma mercancía)³¹.

Las periferias sin centro dejan de ser posicionales, aparecen más bien como topologías existenciales que no tienen porque permanecer encerradas en unos contrapuntos territoriales, ya que su cronogeografía es imprevisible al oscilar indefinidamente entre una movilidad sedentaria –cuando se repliegan en unos espacios

cualesquiera– y una movilidad nómada –cuando se despliegan o deambulan por los escenarios urbanos.

Serían, las periferias, esos “lugares” más allá del lugar local que, según D. Massey, reimaginan una política del lugar más allá de lugar y que “mira de dentro a afuera: reconoce no sólo lo exterior que hay dentro sino también lo interior que está fuera”. Ya que “lo que confiere a un lugar su especificidad es el hecho que se ha construido a partir de una constelación determinada de relaciones sociales, encontrándose y entretejiéndose en un sitio particular”³². Truncan, ahí puestas y especialmente expuestas, las pautas de la geografía de la urbanización con sus modos de vida que ensalzan y recrean una política de encuentros³³, tan lejos y reacia al centro. No se presentan, entonces, propiamente como sitios, sitiados y negados, nominalmente alojados en las afueras o, a lo sumo, a las puertas de la metrópoli³⁴.

Las periferias en la metrópoli serían, en fin, esos núcleos de circunstancias que se significan por su constitución como textura espacio-temporal de unas críticas prácticas que no apuntan hacia otra ciudad que no sea la que surge de las ocasiones de vivir que irrumpen al aprovecharse del exceso de posibilidades que concurren en los territorios urbanos. Las periferias, conjuntando aprovechabilidad e imprevisibilidad, gravitan, en fin, en la frontera de la metrópoli al ser capaces de conjugar procesos de desterritorialización y reterritorialización. Dada la proliferación de no lugares en ese conjunto de espacios fragmentados y sin medida que han devenido los territorios urbanizados, las periferias “adquieren el aspecto de faros intermitentes”, de los que no se trata de señalar su posición, sino sencillamente su existencia³⁵.

Dar entrada a ese querer vivir de las periferias que desfonda precisamente las ideas que construye el centro de lo periférico es el desafío de la mirada de las periferias desde la periferia que se ha ensayado. Las maneras de decir la periferia desde el centro derivan, a lo sumo, en políticas conducidas por el propósito de paliar o calmar desequilibrios socio-territoriales y que reproducen o expanden la dependencia de las periferias. Otras maneras de decir, más atentas a la insumisión de las periferias, precisarán, sin embargo, desbordar las funciones prácticas de las ingenierías sociales que esterilizan ese querer vivir. Ya que, como apunta D. Harvey, “el derecho a la ciudad tiene que plantearse, no como un derecho a lo que ya existe, sino como un derecho a reconstruir y recrear la ciudad con una imagen totalmente diferente, que erradique la pobreza y la desigualdad social y que cure las heridas de la desastrosa degradación medioambiental. Para que esto suceda habrá que interrumpir la producción de las formas destructivas de urbanización que facilitan la perpetua acumulación de capital.”³⁶

El orgullo de vivir en Barcelona pasa, dicen, y desde hace tiempo, por la reconversión de sus cada vez menos residentes en usuarios y turistas de su propia ciudad³⁷. La contraseña que se esgrime para sortear el reservado el derecho de admisión de la ciudad-hipermercado es la solvencia contrastada. Es entonces cuando las cuentas, del va bien, del progreso progresado, de la metrópoli bella y atractiva, emborronan los cuentos, y dejan un hueco para que algunos expresen que Barcelona es, además de espejo de progreso y modernidad, una ciudad cara, insolidaria, privatizada, al mismo tiempo que controlada y represiva, en la que cada vez es, para una mayoría, más difícil vivir.

Esas voces y pasos, hasta ahora replegadas en las periferias y acosadas por la exclusión social, que recuerdan y activan un pasado de tradiciones de luchas, se esparcen por los barrios. Son, de ahí su cabida en el título, las Barcelonas de los barrios. Éstos, con el bagaje a cuestas de sus prácticas críticas, persisten en su estar e ir construyendo (otra) ciudad. Hace poco proclamaban que no querían "ni turistas, ni hoteles, sino vecinos". Un modo de expresar y hacer ciudad.

Hay una Barcelona: en las "Bases para un nuevo plan estratégico metropolitano de Barcelona. Horizonte 2030", en el que se apunta como eje estratégico reforzar Barcelona como "metrópolis innovadora, creativa y emprendedora", también se propone que como tal ha de ser "inclusiva y cohesionada". En el diagnóstico, sin embargo, se señala que "la desigualdad ha aumentado, se han deteriorado las condiciones de vida de la mayoría de la población y la sociedad se ha polarizado", y que además se observa una "tendencia a la periferización, expresada en la generalización de zonas deprimidas que ocupan grandes extensiones en las periferias" que "generan patrones de exclusión importantes". Y se destaca, asimismo, "la tendencia a que la ciudad se convierta en un espacio cada vez más fragmentado – socialmente, económicamente y espacialmente– es un riesgo que pone de manifiesto fallos en la gobernanza³⁸.

Existen las Barcelonas de los barrios: en abril de 2014, se celebraron las jornadas "Barrios cooperativos, ciudad común", en el que se citaron iniciativas, colectivos e individualidades donde además de exponerse, analizar y compartir experiencias "contra la Barcelona del dinero", se puso en común, a través de proyectos concretos, lo que se entiende y practica como barrios cooperativos, a la vez que se planteaban los interrogantes de cómo se estaba sustituyendo las relaciones sociales capitalistas por prácticas de cooperación social en los territorios³⁹.

Entre la "Barcelona del dinero" y "los barrios cooperativos y su ciudad común" no sólo hay una enorme distancia distante, también se expresa el conflicto. Entre ambas propuestas, irreconciliables, no cabe ninguna cohabitación, más difícil es que se vislumbre

cohesión cuando late el antagonismo. Entre ambas ciudades, si seguimos las sugerencias de Foucault, "el espacio común del encuentro se halla él mismo en ruinas. Lo imposible no es la vecindad de las cosas, es el sitio mismo en el que podrían ser vecinas"⁴⁰.

Y es que si un barrio, los barrios, no tienen porque remitir a "la ilusión agrídulce de encontrar un pueblo para siempre desaparecido"⁴¹, es posible, siguiendo a Deleuze, aventurarse a abordarlos no como simple miniaturización, repartidos y reducidos a parcelas (divisiones administrativas "internas" más o menos institucionalizadas), de la gran metrópoli-empresa⁴². Otra visión de los barrios, que se desentienda de la primacía de su distribución en el espacio y su ordenación en el tiempo, y desborde la cuestión del tamaño o escala, emplaza a considerarlos más bien como los espacios-tiempos calificados y habitados, frente el espacio-tiempo cuantificado y transitado y consumido, donde la práctica que los singulariza es la (re)apropiación de los lugares. En ese pasaje, pendientes de las críticas prácticas de sus habitantes que irrumpen como actores sociales, un barrio ya no aparece, entonces, como "una simple expresión geográfica, ni una realidad inmutable, [...] es un escenario social significativo, específico y constructor de procesos colectivos, articulado por unas relaciones sociales propias y por la autoconsciencia de la vida comunitaria. Tiene su identidad y su memoria, pero también sus sueños de transformación"⁴³. Esos serían, pensamos, los barrios de las otras Barcelonas.

Las Barcelonas de los barrios se instituyeron en distintos momentos, si nos remitimos a su acervo de tradición de luchas, como la otra Barcelona, la de sus gentes que pusieron al centro y sus agentes en el margen. ¿Vuelve a ser pensable, o mejor, practicable ese singular de la Barcelona de los barrios, perdurarán las Barcelonas de los barrios, oscilarán en un vaivén? Tras el interrogante, entre "la dura alternativa entre una reforma imposible y una revolución improbable"⁴⁴, nos queda reconocer que "la crítica urbana no puede constituirse como simple fascinación, como es a menudo el caso, sino que necesita ser pensada de un modo colectivo, como lo hacen numerosos grupos de geógrafos a través del mundo, tratando de establecer un diálogo entre teoría y luchas"⁴⁵.

* En *Horacio Capel, geógrafo*, Luis Urteaga y Vicente Casals (eds.), Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2015.

¹ H. Capel, *Capitalismo y morfología urbana en España*, Barcelona, José Batlló editor, 1975.

² H. Capel (coord.), *Los espacios acotados. Geografía y dominación social*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1990.

³ H. Capel, "La construcción de la ciudad: política, ciudadanía y urbanismo", en *La Veu del Carrer*, núm 100, 2007, págs 26 y 27. Curiosamente en esta contribución Horacio Capel se presenta como urbanista.

⁴ D. Harvey, *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, 2013, pág. 89.

⁵ *Agenda HABITAT España. Documento de trabajo*, Madrid, Ministerio de Fomento, 1996, pág. 55.

⁶ A. Bonomi y S. Scalpelli, "La domande della modernizzazione", *Democrazia e diritto*, núm. 4-5, año XXIX, 1989, pág. 135.

⁷ J. M. Vallés, "Avaluació de la ciutat: de ciutat a metròpoli", (Dossier: Planificació estratègica urbana. La

revisió del pla Barcelona 2000), *Revista Econòmica de Catalunya*, núm. 21, 1992, pág. 47

⁸ N. Theodore, J. Peck y N. Brenner, "Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados", en *Temas Sociales*, núm. 66, 2009, pág. 8.

⁹ P. López Sánchez, "Centros históricos. Más allá del ghetto y del museo (algunas cosas sobre el querer vivir en las ciudades viejas)", en Autores Varios, *Lecturas geográficas*, Madrid, Editorial Complutense, 2000, volumen II, págs. 1167-1178.

¹⁰ C. Dourlens y otros, *Conquête de la sécurité, gestions de risques*, París, L'Harmattan, 1991.

¹¹ E. Balibar, "La sûreté et la résistance à l'oppression" en *Droit de cité. Culture et politique en démocratie*, La Tour d'Aigues, Éds. de l'Aube, 1997, págs. 27-42.

¹² Para el caso de Barcelona, donde el Ayuntamiento de Barcelona ha empezado a compartir "espacios de gestión pública", puede consultarse E. Vintró, "La participación ciudadana y las políticas sociales", en M. P. Gualda y otros (coords.), *Avances en política social*, Granada, Diputación Provincial, 1995, págs. 179-187.

¹³ En Barcelona, una muestra estrella de la reconquista de las periferias por el centro se tradujo básicamente en la promoción de nuevas áreas de centralidad. Éstas ubicándose, según el vocabulario de los expertos, en paquetes de suelo urbano mínimamente constituido o en estado de obsolescencia, aparecen como enclaves vacíos pero situados estratégicamente que ofrecen un singular potencial de aprovechamiento y un notable valor de posición para responder a la demanda de instalación de las actividades ligadas al terciario avanzado. *Árees de nova centralitat*, Ajuntament de Barcelona, 1987.

¹⁴ *Agenda HABITAT España*, op. cit., pág. 56.

¹⁵ E. Madueño y A. Naya, Entrevista: "Oriol Bohigas i Jordi Borja, contra la desaparició de les ciutats", *La Veu del Carrer*, núm. 50, 1998, pág. 3.

¹⁶ P. López Sánchez, "Preliminares para una geografía social del consumo en Barcelona. Una aproximación a las socialidades en la ciudad hipermercado", *Estudios Geográficos*, núm. 238, 2000, págs. 169-188.

¹⁷ *II Plan Estratégico Económico y Social Barcelona 2000*.

¹⁸ J. Borja, "Políticas y gobierno en las grandes ciudades", en J. Borja y otros (dirs.), *Las grandes ciudades en la década de los noventa*, Madrid, Ed. Sistema, 1990, pág. 664.

¹⁹ M. Castells, "Estrategias de desarrollo metropolitano en las grandes ciudades españolas: la articulación entre crecimiento y calidad de vida", J. Borja y otros (eds.), op. cit., pág. 49.

²⁰ D. Harvey, op. cit., pág. 43.

²¹ E. Balibar, "Inégalités, fractionnement social, exclusion. Nouvelles formes de l'antagonisme de classe?", en J. Affichard y J.-B. de Foucauld (dirs.), *Justice sociale et inégalités*, París, Éds. Esprit, 1992, pág. 158.

²² P. Nicolas-Le-Srat, "Micro-etnographies: l'analyse du vécu au service des experts", *Futur Antérieur*, núm. 19-20, 1994, págs. 51-63.

²³ J. Chevalier, "Le modèle centre/périphérie dans l'analyse politique", en J. Chevalier y otros, *Centre, périphérie, territoire*, París, PUF, 1978, pág. 4.

²⁴ "Un espacio llenado con sombras, o cubierto de sombras, se convierte en espacio cualquiera, [...] un espacio perfectamente singular, espacio de conjunción virtual, captado como puro lugar de lo posible". G. Deleuze, *La imagen-movimiento*, Paidós, 1984, págs. 163 y 160-161.

²⁵ J. Ibáñez, *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

²⁶ E. W. Soja, *En busca de la justicia social*, Valencia, Tirant Humanidades, 2014, pág. 65.

²⁷ J.P. Garnier, "¿Rebeldes sin causas(s)?", en *Contra los territorios del poder*, Barcelona, Ed. Virus, 2006, págs. 143-164.

²⁸ C. Grignon y J.-C. Passeron, *Lo culto y lo popular*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1992.

²⁹ A. Magnaghi (acd), *Il territorio dell'abitare*, Milán, F. Angeli, 1991.

³⁰ Para penetrar esa indecibilidad se propone precisamente que el control de los territorios en crisis exige, en primer lugar, y según R. Castro, poner en marcha el sistema de escucha, de intercambio, que permite identificar las acciones. "Centros y periferias", en J. Borja y otros (dirs.), *Las grandes ciudades en la década de los noventa*, pág. 285.

³¹ Entre otros, L. Roulleau-Berger, *La ville intervalle*, París, Méridiens Klincksieck, 1991, M. Ilardi (acd), *La città senza luoghi*, Génova, Costa&Nolan, 1990, y P. Desideri/M. Ilardi (acd) *Attraversamenti. I Nuovi territori dello spazio pubblico*, Génova, Costa&Nolan, 1997.

³² D. Massey, en "Un sentido global del lugar" y "Londres «inside-out», ambos en A. Albet y N. Benach Doreen Massey. *Un sentido global del lugar*, Barcelona, Icaria, 2012.

³³ A. Merrifield, "El derecho a la ciudad y más allá: notas sobre una reconceptualización lefebvriana»,

Urban, núm.2, 2012.

³⁴ N. Brenner, "Tesis sobre la urbanización planetaria", *Nueva Sociedad*, núm. 243, 2013.

³⁵ M. Foucault, *Raymond Rousset*, Madrid, Siglo XXI, 1973, pág. 129.

³⁶ D. Harvey, *op. cit.*, pág. 202.

³⁷ P. Maragall, "Vivimos en una ciudad de fantasmas", *El País*, 21.IX.1995.

³⁸ *Pla Estratègic Metropolità de Barcelona*, febrero de 2014.

³⁹ Información en <http://barriscooperatiu.barripoblesec.org/el-programa-de-les-jornades/>

⁴⁰ M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo XXI, 1968, pág. 2.

⁴¹ M. de Certeau y otros, *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*, México, Universidad Iberoamericana, 1999, pág. 5.

⁴² G. Deleuze, *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo II*, Buenos Aires, Editorial Cactus, 2014, pág. 59.

⁴³ I. Miró, "Barris per viure, lluitar i crear", *La Burxa*, núm. 186, octubre 2014, pág. 5.

⁴⁴ D. Harvey, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Madrid, Traficantes de sueños, 2014, Pág. 134.

⁴⁵ C. Gintrac, "Las aportaciones de la geografía radical y la geografía crítica anglosajona a la teoría urbana", *Urban*, núm. 6, 2014, pág. 59.